

nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.—Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. Usted sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe usted tambien que el Ser Supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando menos: uno el de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que usted se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra estraña.—

Pero, hermano, yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido, especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya usted ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas.—

Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demas téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues no hallo un adarme de necesidad para que un muerto se aparezca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma, que restituyan lo que él usurpó, que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Ademas de esto, ¿no ha detenido usted alguna vez la consideracion para advertir que todos los espantos de que hablamos, se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin mas fruto que el terror que deja en el ánimo? Pues todas estas ridiculas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efecto de la cobardía é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá á los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? ¿Le infundirá algun miramiento la presencia del sol ó la de la luz, ó serán bastantes para detener sus designios las horas iluminadas por el dia? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante

reflexion seria muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto, si Dios quisiera que viésemos al demonio ó á un muerto, como dicen, fuérase para nuestra correccion, para nuestro castigo, ó para alguno de sus inescrutables designios; ¿no lo veriamos en la mitad del dia, y aunque estuviésemos rodeados de un ejército? Seguramente: porque ¿quién se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrilego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete en los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor habia robado del templo de Jerusalem, rodeado de sus mugeres y concubinas y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Mane, Thesel, Phares.*—

¡Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano?

—Qué habia de hacer, se asustó de manera que se le inmutó el semblante: las rodillas le temblaban y se tocaban una contra otra. Su pavorse aumentó cuando el jóven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolatrías y sacrilegios, moriría, y su reino seria entregado á sus enemigos. Todo se cumplió segun la esposicion del Profeta: Baltasar murió esa misma noche, y los persas y medos se aposeionaron de su reino.

¿Ya ven ustedes qué caso tan terrible? pues Dios, para cumplir su voluntad entonces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en lugar oscuro ni sombrío, ni que diera el relox las doce de la noche. Al instante que quiso, se cumplió su decreto soberano como se cumplirá eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan; y cuando ustedes gusten, vamos á recogernos, porque ya las muchachas están durmiéndose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recámara donde habian asustado á Pomposa; pero antes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habian puesto: que él habia ido con deseos positivos de ver al diablo, y que estuviesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, porque no escusaria esta diligencia si el pobre diablo tenia la bondad de visitarlo aquella noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

D. Dionisio se estuvo despierto platicando acerca de la instruccion de su concuño, con su muger y con la beata, que decia: Aquí donde ustedes me ven, estoy muerta de miedo, porque el coronel no dejará de hacer una de las suyas. Yo no las tengo todas

conmigo, y si este hombre no es herege, ó brujo, ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos rosillos. Sí, Dios me lo perdone; pero gente que no cree en milagros, que no tiene miedo al diablo, y que se incomoda saliendo de su casa solo por venirlo á ver, no puede ser nada buena.

Así se entretenia esta familia, mientras el coronel se divertia con la suya, ponderando la sencillez de D. Dionisio en crecer lo mismo que Eufrosina y Pomposa, que habia esta visto al demonio. Todo esto, añadia, es efecto de una educacion abandonada á la ignorancia. Si desde niño hubieran persuadido á tu cuñado que todos esos espantos son cuentos de viejas, ahora lejos de darles crédito, hubiera convencido de su falsedad á su muger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversacion de sus padres, refiriéndoles por menor la fervorosa conversion de su prima, y lo decidida que estaba á ser ermitaña, harto confiada en que la visitarían los ángeles.

Se reian los señores alegremente con este chiste, cuando, como á la hora de haberse acostado, dijo el coronel á su esposa: ¿Ves, hija, la sombra que se acaba de ver en aquella pared? pues sin duda esa fué á la que puso nombre de diablo Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorporaron en la cama, y vieron en efecto la dicha sombra no sin algun sustillo, porque hacia una figura bien estraña y se mo-

via de cuando en cuando. ¿Y qué será, papá? preguntó Pudenciana.—Eso es lo que hemos de eexaminar. Estense ahí quietas, yo me levantaré... Vam es ya está analizada la causa de este espanto. Es bastante natural, lo mismo que yo la esperaba. Agúardenme. Voy á llamar á esos buenos señores para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió mi tutor á la recámara de D. Dionisio, y oyéndolo hablar con su muger, le dijo: Vaya hermano, levántese usted con los demas, y venga á ver al diablo despacio, que ya nos hizo el favor de venir.

Al oír esto, enmudeció D. Dionisio, tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse, y la tia Maria se persignaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demas lo seguian con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara donde esperaban muy tranquilas Matilde y su hija. ¿Este es el diablo que viste, Pomposita? preguntó D. Rodrigo. Sí, dijo esta toda temblando—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistia Pomposa, y la beata la detenia estirándola del tánico para que no saliera: hasta que tomándola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos

los suyos, y poniéndola frente á un trípode, donde se ponía la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunal, le dijo: He aquí, cobarde sobrina, el ridículo espectro que te ha espantado. Míralo, desengáñate, límpiate bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aquí, ya no verás esta figura sino otra diferente.... A la prueba.... ¿Ves ahora lo que antes?—No, tío, ya varió la sombra enteramente de figura.—Pongamos la luz donde estaba, y quitemos al gato.... ¿Ves ahora solo la sombra del trípode, banco ó como llamas este mueble?—Es verdad.—Pues ya ves patente el engaño de tus ojos y el equívoco de tu imaginacion acalorada.

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, menos Eufrosina, que descosa de sostener su opinion, dijo: Es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figura endemoniada; pero qué diremos de los golpes que se oyen en la recamarita?... Vamos allá, los oiremos, y ecsaminaremos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oírlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventana inmediata se asomó á registrar la pared por de fuera; pero como estaba la noche muy oscura, no sacó por entonces otra cosa sino confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podía tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, D. Dionisio y Pomposa advirtieron la perplejidad de D. Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la esperiencia no vale nada la filosofia mas cavilosa, decia D. Dionisio: ¡vaya! á ver á qué causa natural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tía Maria: ¡sobre que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo! Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina.—Ya se ve que no. Aquí espantan, y mucho que espantan. Me mudara yo mañana, en cuanto Dios amanezca, aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú, Dionisio, si no quieres, quédate aquí con tus criadas, que yo me iré con mi hija y con mi tia.—Si, mamá: hará usted muy bien, porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vampiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sordos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel, todas esas son palabras al aire que nada valen. Yo insisto en que estos golpes no proceden sino de su causa natural, por mas que ahora por la oscuridad de la noche no pueda señalarla; pero, hermano, hagamos un convenio si usted quiere —¿cuál es?—Este: si mañana les hago ver el origen de estos golpes, y el remedio para que no se vuelvan á oír, como no se oirán en efecto en la noche que sigue, pierde usted doce pesos que enviará á los

pobres enfermos del hospital de San Juan de Dios; y si no lo puedo señalar, costeo el traspaso de la casa que tomen, el transporte de los muebles, y el reemplazo de los que se quebraren en la mudada. ¿Qué dice usted? Una apuesta que proporcionaba tantas ventajas, se admitió desde luego por D. Dionisio, y nos fuimos á recoger.

Al día siguiente se levantó bien temprano el coronel: fué á la ventana, y no tardó en averiguar que la causa de los golpes era un armazon viejo de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonado, y pendiente de un pié de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna vez y correspondia á la recamarita de Doña Eufrosina.

Este horrible vampiro, cuando lo movia el mas ligero viento golpeaba sobre la pared y azoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiendo sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo de haber puesto su cama en aquella pieza, por huir del diablíngato ingerto en aguamanil.

Luego que D. Dionisio y su familia se levantaron, los llevó el coronel á la ventana, les mostró el duende fatal, suplió las veces del aire, sacudiéndolo con una caña larga y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche: y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las

señoras que vencido aquel fiero vestiglo y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa: y así que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incomodan los dueños.

Despues de algunas objeciones triviales que hizo Doña Eufrosina, y á cuyas soluciones dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de D. Dionisio con una dificultad que no se debia esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo, que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero usted no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estos avechuchos nocturnos ecsisten sin duda entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos.—¿Dónde, D. Dionisio, dónde ha leído usted esas peticiones?—¿Cómo dónde? En un himno que comienza: *Te lucis ante terminum*, dice despues, *procul recedant somnia, et notium phantasmata*. Apártense lejos de nosotros los malos sueños, y las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay tales fantasmas.

El coronel desengañó á D. Dionisio, advirtiéndole que las fantasmas de que hablaba el himno, eran de las que se forman en nuestra mente, y que podían ser pecaminosas; que estas pueden muy bien representarse entre sueños, y escitar tal vez, aun habien-

do despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imágen de su enemigo, (que es una verdadera fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, esplican cuáles son las fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, que punden ser causa de que las pasiones se ecsalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por quanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas.

Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedimos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

CAPITULO XI.

En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.

SIN embargo de que á favor del desengaño, ya no trató Doña Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que

no dejó de estrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamunderia espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia Maria, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.